

Sintona 

Cien años

Coincidiendo con un centenario milagroso y festejado universalmente en este año, nuestra ciudad también ha tenido en este mes, y más concretamente, el domingo pasado, su centenario piadoso y de apostolado: el de la llegada de las R.R. Carmelitas de la Caridad a nuestro Santo Hospital. Era el 9 de Marzo de 1858. Unas piadosas y anónimas Hermanitas venían a prodigar, desde aquel memorable día, sus desvelos; sus cuidados, su piedad, todo su mundo inquebrantable de fe y religiosidad al pobre y desvalido enfermo.

Cien años han pasado. Cien años y la tarea social de las R.R. Carmelitas en el Hospital Municipal sigue siendo la misma. Con la humildad de siempre. Con la abnegación de siempre. Y sin pensar ni esperar recompensa material, o terrenal alguna, al no llevar sujeta esta condición humana la llamada vocacional que las alienta.

La ciudad festejó este piadoso centenario con el acendrado amor religioso que el memorable acontecimiento demandaba. Con sencillez, con humildad. Fué una simpática adhesión a este apostolado transferido de generación en generación por las H.H. Carmelitas de la Caridad desde aquel 9 de Marzo de 1858 en que vinieron a instaurarlo en nuestro benéfico establecimiento para enfermos desvalidos e indigentes.

Fué esta conmemoración el agradecimiento espiritual de San Feliu hacia esta comunidad religiosa, agradecimiento consolidado por cien años de servicio abnegado e indiscutible.

Ómnico

SAN FELIU DE GUIXOLS 13 DE MARZO 1958 - NÚM. 524 - AÑO XI

Algún Domingo, en cualquier pueblo



Se juega al fútbol. A devolver partido. Vienen las de algún pueblo más o menos vecino en camión, toman café, se ponen los jerseys numerados, pantalones, medias y botas... y se van al estadio municipal donde practican la W. M, el cerrojo y demás monsergas que explican los más conspicuos críticos del género.

Cuando hay partido, aquí como en Pequin, se descargan los nervios de toda la semana. Se grita, se aplaude, se abuchea, y la única diferencia que se observa de la ciudad en la actitud del público, es la de que, como el árbitro es del pueblo y echa el agua al propio molino, no se meten con él y no se oyen estos desagradables berridos de hijo de tal y de cual, burro y hombre malo que, dicho sea de paso, constituye una de las mayores vergüenzas de los grandes estadios de fútbol. En la aldea nos salvamos de esto; y de los botellazos y pedrados porque, como hay que devolver el partido no conviene sentar un precedente que se nos puede volver por pasiva. Así es que el encuentro, con más coraje que técnica y más leña que mala intención, transcurre entre gritos, jaleos, abucheos y aplausos, pero sin botellazos y con muchas advertencias en tono maternal (sobre todo no os hagáis daño). Y como el árbitro es casero — muy casero porque es del propio pueblo — muy mal han de ir las cosas para no salirse con la ganancia; muy difícil resulta que el público salga descontento del marcador. Cuando el balón rueda como no es debido, siempre queda algún penalty que pone las cosas en su punto o algún orsay imaginario que dificulta el incremento de una diferencia favorable al equipo forastero difícil luego de remontar. Es aquello que el admirado Fernández Flórez ha definido certeramente como un vice-gol.

Dos individuos, con una toalla extendida pasan a recoger, entre el público, la voluntad. Con esto se pagan las gaseosas en verano o el coñac en invierno, la cal para el trazado del campo, la lavandera y el remendón, y aún se alimenta un fondo para reponer el vestuario y demás prendas reglamentarias. Cuando el dinero no es suficiente para atar todos los cabos, se recurre a la C. N. S., al Ayuntamiento, a los veraneantes y hasta a las gentes y entidades más insospechadas.

Si el partido es importante — lo que suele ocurrir en la Fiesta Mayor y demás fechas de repique general de campanas — entonces los encargados de la colecta, llevan un talonario de entradas y se señala un precio que suele ser de tres pesetas. En estos casos siempre hay un grupo de mirones que contemplan el espectáculo desde fuera del Campo, en un promontorio desde el cual el partido se presencia bastante bien y resulta plenamente gratuito. Muchos, sin fuerza de voluntad para hacer lo mismo pero con igual sordidez de espíritu, les critican, pero con todo ello el grupo no disminuye. Ni aumenta. Están tasados.

El partido será luego tema de discusión para los jóvenes durante toda la semana, y, teniendo en cuenta el gran valor que juega en estas cosas la perspectiva, adquirirá muchísima más importancia que cualquiera de los resultados de Primera División y aun que cualquier contienda internacional en la que los colores de España hayan realizado un papel de los que quedan.

La radio, empero, está matando esta afición. La posibilidad de escuchar los encuentros más interesantes, ligados muchas veces a la posesión de uno o varios boletos, ha derrumbado en muchas aldeas los tradicionales encuentros domingueros. Otro factor adverso fué la disposición que prohibió los desplazamientos en camión para evitar frecuentes accidentes.

En estas circunstancias, las primeras horas de la tarde dominguera transcurran en el Café, con el receptor a toda marcha, el oído atento y la mano pronta a buscar la onda propicia del Carrusel Deportivo, mientras un grupo cada año menos numeroso de viejos aldeanos juegan a la malilla o al canario mascullando palabrotas, fumando tagarnina y maldiciendo la tabarra con que les fastidia la alocada juventud de ahora.

Antonio Miralles Manresa